

VI

AMBERES

Amberes, 22 de agosto, á las 4 de la tarde.

Adela mía, acabo de leer tu carta del 14, muy dichoso por haberla encontrado tan buena, y muy triste por encontrarla sola. Es un verdadero placer para mí saber que reina la dicha á tu alrededor. La carta de Didina es también muy bonita, y espero encontrar otra, y varias tuyas en Dunkerque. El correo de Francia llega aquí á las cuatro y media. No me marcharé de Amberes sin ir á ver una vez más. Puede que llegue alguna carta tuya, y vendría muy bien.

Llegué aquí ayer á las diez de la mañana. Desde aquel momento voy corriendo de iglesia en iglesia, de capilla en capilla, de cuadro en cuadro, de Rubens en Van Dyck. Estoy abrumado de admiración y de cansancio. Añade á esto que he subido al campanario, seiscientos diez y seis peldaños, cuatrocientos sesenta y dos pies, la aguja más alta del mundo después de Estrasburgo. Es un edificio gigantesco y una joya á un tiempo. Un titán podría vivir en él, una mujer desearía colgárselo al cuello.

He visto desde allí todo Amberes, una ciudad gótica como á mí me gustan, y el Escalda y el mar, y la ciudadela y el famoso anteojo San Lorenzo. Es

una punta de césped con dos casitas encarnadas en el extremo.

Esta ciudad es admirable. Pinturas en las iglesias, esculturas en las casas, Rubens en las capillas, Verbruggen en las fachadas; el arte bulle aquí. Retrocedéis para admirar la portada de la iglesia, y tropezáis en algo, miráis, y es un pozo, un pozo magnífico, de piedra esculpida y hierro cincelado, con estatuítas y figuritas. ¿De quién es ese pozo? De Quintín Metzís. Os volvéis. ¿Qué es ese inmenso edificio con esa hermosa fachada del Renacimiento? Es el palacio comunal. Andáis diez pasos. ¿Quién ha dibujado esta fachada barroca tan resplandeciente y tan rica? Rubens. Toda la ciudad es así.

Exceptúo el barrio nuevo, que es soso aquí como en todas partes y que toma aspecto de calle de Rívoli.

Me he reconciliado con los ferrocarriles; decididamente son muy hermosos. El primero que vi no pasaba de ser un innoble ferrocarril de fábrica. Ayer hice el viaje de ida y vuelta desde Amberes á Bruselas.

Partí á las cuatro y diez, y había regresado á las ocho y cuarto, habiendo pasado en ese intervalo cinco cuartos de hora en Bruselas y hecho veintitrés leguas de Francia.

Es un movimiento magnífico y que hay que sentir para darse cuenta. La rapidez es inaudita. Las flores de la orilla del camino no son flores, sino manchas, ó mejor, rasgos encarnados ó blancos; no se ven puntos, todo se convierte en líneas; los trigos son grandes cabelleras rubias, las mielgas son largas trenzas verdes; las ciudades, los campanarios y los árboles danzan y se confunden locamente en el horizonte; de vez en cuando una sombra, una forma, un espectro erguido, aparece y desaparece como un relámpago junto á la portezuela; es un guardia del ca-

mino que, según costumbre, presenta militarmente las armas al convoy. En el coche se dicen unos á otros:—Está á tres leguas, nosotros entraremos allí en diez minutos.

Por la tarde, al regresar, iba anocheciendo. Yo estaba en el primer coche. El remolcador llameaba delante de mí con terrible fragor, y grandes resplandores rojizos, que teñían los árboles y las colinas, daban vueltas con las ruedas. El convoy que iba á Bruselas se encontró con el nuestro. Nada tan espantoso como esas dos velocidades que se rozaban, y que, para los viajeros, se multiplicaba una por otra. No nos distinguíamos los de un convoy con los del otro; no se veían pasar ni vagones, ni hombres, ni mujeres; veíanse pasar formas blanquecinas ó sombras en un torbellino. De aquel torbellino salían gritos, risas, silbidos. Por cada lado había sesenta vagones, más de mil personas arrastradas de este modo, las unas hacia el norte, las otras hacia el mediodía, como por el huracán.

Hay que hacer grandes esfuerzos para no figurarse que el caballo de hierro es una bestia verdadera. Óyesele resollar en reposo, lamentarse cuando parte, jadear por el camino; suda, tiembla, silba, relincha, se detiene, se apresura; suelta á lo largo del camino un estiércol de carbones candentes y una orina de agua hirviente; lanza á cada momento enormes raquetas de chispás de las ruedas ó de los pies, como tú quieras, y su aliento pasa por encima de vuestras cabezas en hermosas nubes de blanco vapor que se desgarran entre los árboles del camino.

Se comprende que no se requiere menos que esa monstruosa bestia para arrastrar á mil ó mil quinientos viajeros, toda la población de una ciudad, corriendo doce leguas por hora.

Al llegar, era ya noche, y nuestro remolcador

pasó junto á mí entre las sombras dirigiéndose á la cuadra; la ilusión era completa. Oíasele gemir entre un torbellino de llamas y de humo como un caballo rendido.

La verdad es que no hay que ver el caballo de hierro; si se le ve, desaparece toda la poesía. Al oírlo, es un monstruo; al verlo, no es más que una máquina. Esta es la dolencia de nuestro tiempo; lo útil estricto, jamás lo bello. Hace cuatrocientos años, si los que inventaron la pólvora, hubiesen inventado el vapor, y eran muy capaces de ello, el caballo de hierro hubiera sido confeccionado diversamente y lo habrían guarnecido de otro modo; el caballo de hierro hubiera sido una cosa viviente como un caballo y terrible como una estatua. ¡Qué magnífica quimera habrían hecho nuestros padres con lo que llamamos la caldera! ¿Te lo figuras? De esa caldera habrían hecho un vientre con escamas y monstruoso, un enorme galápago; de la chimenea un cuerno humeante ó un largo cuello con unas fauces llenas de brasas; hubieran escondido las ruedas bajo inmensas aletas natatorias ó bajo grandes alas caídas; los vagones habrían tenido también cien formas fantásticas, y, por la noche, se habría visto pasar junto á las ciudades ora una gárgola colosal con alas desplegadas, ora un dragón vomitando fuego, ora un elefante con la trompa levantada jadeando y rugiendo; turbulentos, ardientes, humeantes, formidables, arrastrando tras de sí, como presas, á otros cien monstruos encadenados, y atravesando las llanuras con la velocidad, el estruendo y el aspecto del rayo. Hubiera sido grandioso.

Pero nosotros somos unos honrados comerciantes muy tontos y muy orgullosos de nuestra tontería. No comprendemos ni el arte, ni la naturaleza, ni la inteligencia, ni la fantasía, ni la belleza, y lo que no

comprendemos, declaramos que es inútil desde lo alto de nuestra pequeñez. Está muy bien. Donde nuestros antepasados hubieran visto la vida, nosotros vemos la materia. Hay en una máquina de vapor un magnífico motivo para un estatuario; los remolcadores eran una admirable ocasión para hacer revivir el hermoso arte del metal repujado. ¡Qué importa á nuestros productores de hulla! Su máquina, tal cual es, excede en mucho el alcance de su grosera admiración. En cuanto á mí, si me dan á Watt completamente desnudo, lo preferiría vestido por Benvenuto Cellini.

A propósito; noto aquí, ahora que me acuerdo, que en el campanario de Amberes hay cuarenta campanas abajo y cuarenta y dos arriba, total ochenta y dos campanas! Figúrate el concierto que sale de aquella colmena.

Lier, en donde terminé mi última carta, es una ciudad muy bonita. Dibujé el campanario de la casa comunal, que es delicioso.

De Lier á Turnhout, el país cambia de aspecto; no es ya la Flandes verde, es un banco de arena, una carretera cenicienta y penosa, una hierba rala, bosques de pinos, grupos de encinas pequeñas, matorrales, charcas de agua aquí y allá, un no sé qué de silvestre y áspero, una especie de Soloña. Anduve cuatro leguas por ese desierto sin ver otra cosa que un trapista que roturaba el terreno, triste labrador de un triste surco. Era bonita, empero, la idea de ver aquel hábito blanco y aquel escapulario negro guiar á dos bueyes.

Tanta era la soledad, que los tordos y las alondras atravesaban familiarmente la carretera. Una linda aguzanieve siguió al coche durante un cuarto de hora, saltando de árbol en árbol, vivaracha y contenta, deteniéndose de vez en cuando para picar una mosca al pie de alguna encina joven.

Permanecí largo rato con los ojos fijos en aquel trapista. La landa era inmensa y árida como una llanura de Castilla la Vieja; la tierra roja y quemada por el sol hacía aquí y allá en el horizonte pequeñas y brucas dentelladas que figuran peldaños de escalera; ni un campanario á lo lejos, casi ni un árbol. La carretera estaba bordeada por aquel sitio de algunas encinas muertas. El religioso estaba asistido por un campesino, á quien enseñaba con ademán grave y raro. Sin preocuparse de nosotros los viandantes, de vez en cuando se volvía, y el sol poniente dibujaba acentuadamente con su claroscuro aquel rostro austero y sereno. No sé si aquel hombre pensaba, pero sí sé que hacía pensar.

A pocas leguas de allí, pasando cerca no sé qué pueblecillo y esta vez reaparecido en Flandes, noté un alto álamo seco en medio de una plazoleta, á la entrada de la aldea. Me dijeron que era un árbol de la constitución. Me sabe mal por la constitución, pero aquél causaba un efecto lastimoso. Nada más descubierto que esa idea política plantada en medio de los paisajes. Nada tan miserable y descocado á un tiempo como ese testimonio tributado al pequeño poderío del hombre en presencia de la naturaleza y de Dios. De una parte, bosques, llanuras, colinas, ríos, nubes, la tierra y el cielo; de la otra, una mala pèrtiga seca que hay que apuntalar contra el viento.

Y, además, ¡qué ideas hace asomar á la imaginación! Había un árbol que tenía raíces, ramas y hojas, que estaba verde y viviente; tomaron aquel árbol, cortáronle las raíces, cayéronsele las hojas, murieron las ramas, y fueron á replantarlo en un suelo que no era el suyo. Fiel símbolo de tantas constituciones modernas que no pertenecen ni al pasado, ni al porvenir, ni al clima.

A propósito de clima, me es muy difícil acostum-

brarme á éste. Es una especie de verano muy pesado y muy denso, y donde se respira como un vapor de cerveza. Me abruman estos calores flamencos.

Tampoco me acostumbro á lo que beben por aquí. Nada tan nauseabundo como ese faro y ese lambic. Hago decididamente poco caso del vino de Flandes y del vino de Normandía. Prefiero la sidra de Borgoña y la cerveza de Burdeos.

Sus pozos son singulares. Sacan el agua con una grúa. Es muy curioso verles sacar un cubo de agua de la cisterna, del mismo modo que Arquímedes sacaba los navíos del mar en el sitio de Mesina.

Ya ves, querida esposa, como charlo contigo. Te lo digo todo, y así recabo un segundo placer de las cosas que veo. He hecho cuanto me ha permitido mi bolsa respecto á tu comisión. Te traigo media docena de medias inglesas que me han dicho eran muy hermosas. He comprado también calcetines para mí. Parece que un hombre no podría, bajo pretexto alguno, hacer pasar un vestido por la frontera. No podría alegarlo como de uso personal y la aduana se apoderaría de él. Esto me ha impedido comprarte el vestido que deseabas.

Olvidaba decirte que he comprado por treinta sueldos, en Bruselas, una falsificación de las *Voces interiores*. Tengo curiosidad de ver si pasará. Me he visto anunciado por todo Bruselas y Amberes, é impreso en todos los formados.

Mientras estoy terminando esta página, oigo el concierto de campanas del campanario mayor que me avisan cierre esta carta. Verdaderamente, aparte esto, es una música agradable. Ese chapitel, tan débil en apariencia, ha de ser forzosamente de una solidez enorme. Y suena así día y noche, ocho veces por hora, desde trescientos años atrás.

A las 6 de la tarde.

Vuelvo del correo. No he encontrado ninguna carta. No por ello te abrazo menos tiernamente, Adela mía; pero ya me indemnizarás en Dunkerque, ¿verdad? Abraza á tu padre y á nuestros queridos niños. Mil afectos á los amigos. Parto para Gante.

VII

A LUIS BOULANGER

Amberes, 22 de agosto de 1837.

Os escribo desde Amberes, querido Luis, que es lo mismo que decir: estoy en el corazón de Flandes, de las catedrales, los Rubens y los Van Dyck. Es un país admirable.

Ayer estuve en la cúspide de la aguja de esta maravillosa catedral, y pensaba en vos. Pienso en vos cada vez que una cosa contiene un cuadro ó un pensamiento.

Veía, de una sola ojeada, ante mí el mar y Flesingue á veintidós leguas, á la izquierda Flandes y las torres de Gante, á la derecha Holanda y el chapitel de Breda, detrás de mí el Brabante y el campanario de Molinas; luego el Escalda, ancho y rutilante al sol, y, entre el mar y el Escalda, los *polders* inundados, una pradera de cinco leguas de extensión convertida en lago; á la derecha otra pradera completamente verde y sembrada de blancas casas; á mis pies unos pocos tejados de la cabeza de Flandes bloqueados por el agua; debajo de mí, Amberes, que es, en el siglo XIX, lo que era París en el XVI, un magnífico montón de iglesias y palacios, de techos esculpidos, de piñones labrados, de campanarios cuadrados y

puntiagudos, con mil accidentes de torrecillas y de extrañas fachadas; antiguos caserones pintorescos, que son el Matadero, que son la Pañería, que son la Bolsa; una fachada de casa comunal que parece arquitectura de Pablo Veronés; una portada de iglesia que parece un fondo de Rubens y que es de Rubens; mil velas en el Escalda, en un rincón del paisaje el ferrocarril por donde desaparecía un convoy de vagones, cerca del camino de hierro una gran estrella de césped tendida en el suelo que es la ciudadela, y, en fin, por encima de todo eso un cielo de nubes hechas jirones como en Alberto Durero, con un hermoso rayo de lluvia que cae á lo lejos, esto es lo que vi ayer, lamentando que no lo vierais.

Y después, al bajar á la iglesia, á cada paso, Rubens, Martín de Vos, Otto Venius, Van Dyck; esculturas de Verbruggen y de Willemsens. Grandes confesonarios de encina, inmensas capillas de mármol, pulpitos que son poemas. Allí he visto *El descendimiento de la cruz* de Rubens, esa maravilla.

Todo eso, hay que decirlo, es vergonzosamente explotado. Los bedeles ocultan el mayor número de los cuadros que pueden para hacer pagar treinta sueldos á los extranjeros. Mientras tanto, el maestro queda en la sombra. De este género hay en la iglesia de San Jaime, donde está la tumba de Rubens, un tunante que es *suiizo* de la iglesia y que merecería ser fustigado en medio de la plaza pública. Ese miserable dispone de Rubens á su talante, lo esconde ó lo enseña, lo presta ó lo retira, según su real gana, sin inspección, insolentemente, soberanamente, absolutamente. Es odioso.

El deán de la catedral, un tal M. Lawez, ha hecho cubrir con un paño, á pretexto de que era indecente, un *Juicio final*, que es el mejor cuadro de Backers.

Imposible hacer levantar el paño. Vaya un deán estúpido, ¿verdad?

Pienso en vos con frecuencia, Luis, en este país que tanto os gustaría. Anteayer me hallaba en Turnhout, una pequeña ciudad que está hacia el norte. Iba paseando, al ponerse el sol, cuando de pronto, al cruzar el recodo de una callejuela desierta, me encontré en el campo. A poca distancia había una torre grande y antigua hacia la cual me dirigí. Era verdaderamente hermosa. Una torre antigua, cuadrada, de ladrillo, alta, enorme, maciza, rodeada, cerca de la cúspide, de un cordón dentellado bizantino, que se adosaba á un viejo castillo restaurado y estropeado, al que cubría con su sombra; la torre, en cambio, había conservado su forma exquisita y severa. Al pie de la torre había un foso de agua viva que la reflejaba doblando su altura. Todas las ventanas estaban cubiertas con barrotes de hierro.

Era una prisión.

Largo rato permanecí junto á aquella sombría masa que el crepúsculo ennegrecía por momentos.

De una de las ventanas superiores salía una canción llena de tristeza y de dulzura. Me acuerdo haber oído otra igualmente melancólica y grave en el Monte San Miguel, el año pasado. Como se celebraba la *kermesse* de agosto, percibíase en la ciudad el lejano rumor de danzas y de risas. El canto del preso cortaba aquel rumor sin dureza y sin cólera.

El día se apagaba en occidente, las cañas del foso se estremecían, de vez en cuando un enorme ratón pasaba rápidamente por el resalte del pie de la torre. Y luego, el fondo del paisaje era un verdadero fondo flamenco; dos ó tres grandes grupos de árboles, una antigua iglesia roja con piñón de volutas, con gran tejado y un pequeño campanario, un lugarejo muy bajo humeando al lado, una llanura inmensa y ne-

gra, un cielo claro, sin una nube. Jamás he visto cuadro tan austero y tan plácido.

Pero me dejo llevar de mi gusto por conversar con vos, mi buen Luis, y no hay razón de que termine esta carta, sobre todo si me pongo á hablaros ahora de mi antigua amistad, que vos conocéis tan bien, ¿verdad, Luis?

Os abrazo con toda mi alma.